

Didáctica

San Manuel Bueno, mártir (Unamuno) y la superación del agonismo

Alfonso López Quintás

San Manuel Bueno, mártir no tiene carácter “trágico” o “nadista”: significa una ventana abierta a la esperanza de que el “agonismo” unamuniano puede ser superado si se entiende la fe no como una mera adhesión intelectual a ciertos dogmas sino como la voluntad de inmergirse en una comunidad creyente y fundar modos elevados de unidad. Ángela es la “portadora de la buena nueva” de que, si se vive como se creyera, acaba uno obteniendo la fe, como indicó Unamuno en el Diario íntimo. Ángela es la voz del Unamuno que vivió la conmoción religiosa de 1897. Don Manuel, tal como es visto por el pueblo, representa al Unamuno triunfador. Blasillo el Bobo refleja el modo como Don Manuel –y, por tanto, Unamuno– se ve a sí mismo en el aspecto religioso.

I. Nota a propósito de una obra reciente

San Manuel Bueno, mártir, obra de madurez en la que Unamuno –según propia confesión– puso lo más dolorido de su sentir, ha sido objeto a menudo de interpretaciones que minimizan su alcance y falsean su auténtico sentido.

En su reciente obra *Las máscaras de lo trágico*¹, Pedro Cerezo ofrece una interpretación “nadista” y “trágica” de esta obra. “La soledad y el misterio, que trascienden de la montaña y el lago, le suscitan (a Unamuno) la tentación nadista”. “El clima espiritual de la obra es muy otro del exultante y entusiasta de la *Vida de don Quijote y Sancho*. En ella se respira un sentimiento de desola-

¹ Trotta, Madrid 1996, págs. 714-733.

ción interior. ¿A qué se debe ese estado de ánimo?”². “Se diría que en la calma contemplativa del lago de Sanabria se le ha revelado al agonista, como a don Quijote, toda la oquedad del esfuerzo humano. De ahí el sentimiento de desolación que trasciende la novela”. “Sí. La tragedia de Don Manuel es también la de Don Miguel” (F. Wyers)³. “Desde el comienzo de la novela se subraya la profunda sintonía entre el agónico paisaje y el héroe trágico de la historia”⁴. La “hermandad universal” que parece sugerir la nieve, cuando cubre de blanco todo el paisaje, “no es otra que la muerte”. “El misterio que celebra la nevada en el lago es el místico desposorio con la nada. Por eso, para los iniciados en esta religión del anonadamiento, la llamada del lago cobra tan intensa y poética seducción”. “Es la trágica vivencia nadista, anonadadora, del vacío universal, contra la que se defiende el pobre cura con la droga de su acción apostólica, al servicio de un idealismo ético religioso. Religión del consuelo; en su caso, del autoconsuelo de que los demás no perciban el agujero negro de esta sima”⁵.

Según el autor, Unamuno se entrega en esta obra a “la seducción de la nada ante la desesperación de alcanzar el todo”. “No es lo suyo falta de energía ni cansancio de la lucha, sino apetito tanático, voluntad de disolución, porque ha visto o creído que el rostro de Dios es la nada. Por eso frente al éxtasis de plenitud, que corona, como anticipación de la gloria, la hazaña quijotesca (...), en *San Manuel Bueno, mártir* se anuncia por doquier, como salida a la tensión trágica, un éxtasis de anonadamiento, como la villa sumergida, símbolo de la fe o la utopía perdida, anegada en el lago, que don Manuel, según su discípulo Lázaro, llevaba en su alma (...). Y, pese a todo, don Manuel es un héroe trágico”⁶.

El prof. Cerezo no acepta la opinión de Blanco Aguinaga de que en esta novela “Unamuno parece rechazar definitivamente la agonía”⁷. Sin embargo, más adelante subraya muy justamente que, si don Manuel “de verdad vivió, no para sí, sino para su pueblo, y buscó salvar su personalidad en él (...), fué y seguirá siendo el cura santo de su leyenda”, porque consiguió “la inmersión en la comunidad de los santos, la comunidad de las almas sencillas, que comparten una misma fe”⁸.

II. La esperanza de superar el agonismo

El método “lúdico-ambiental” de análisis de obras literarias⁹ me ha permitido, por fortuna, ofrecer una interpretación de *San Manuel Bueno, mártir* to-

² *O. cit.*, p. 714.

³ *O. cit.*, p. 715.

⁴ *O. cit.*, p. 716.

⁵ *O. cit.*, págs. 722-723.

⁶ *O. cit.*, p. 723.

⁷ *Ibid.*

⁸ *O. cit.*, p. 131. El paréntesis es mío.

⁹ Este método lo expuse ampliamente y lo apliqué a diversas obras en diversos traba-

talmente positiva. A mi entender, esta obra supone una ventana abierta a la esperanza de que es posible superar el *agonismo*, la tremenda lucha que se libró en el espíritu del autor entre la inteligencia y la voluntad a propósito de la existencia de Dios.

Unamuno vivió intensamente a lo largo de su vida el problema de la pervivencia tras la muerte. El solo pensamiento de desaparecer del todo al morir lo estremecía. Cuenta que una noche de insomnio empezó a figurarse que perdía años, que tenía 40, 30, 20, 10, 0 años, y volvía al seno materno, y tenía allí 9 meses, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1, 0 meses..., y en ese instante exhaló un suspiró tan hondo que su mujer se despertó y le preguntó angustiada: "¡Hijo mío! ¿te pasa algo?". Ese anhelo de perduración le llevó a escribir libros y a tener hijos, para pervivir en ellos. Pero los hijos y los lectores pueden olvidarse de uno y, en definitiva, son también finitos y perecederos. El único garante posible de la inmortalidad del hombre es Dios, el Ser infinito y eterno. De ahí la necesidad ineludible que sentía Unamuno, por razones vitales, de asegurar la existencia de Dios con la fuerza de la razón.

La situación intelectual de su tiempo no favoreció a Unamuno en su empeño de dar razón de la fe que había vivido durante su adolescencia en Bilbao de un modo más cordial que racional. Una idea empobrecida tanto del conocimiento como de la fe ("fe es creer lo que no vimos", se decía) le llevaron a la convicción de que es imposible un acceso intelectual a Dios. Esta conclusión pudo haberle decidido a instalarse en el agnosticismo y hacer de la inmanencia un lugar de instalación cómoda. Pero Unamuno necesitaba vitalmente a Dios, y su voluntad se negaba a aceptar la incapacidad de la razón para descubrirle y aquietarse en una posición agnóstica. Falta de todo apoyo racional, la voluntad quiso valerse de su interna energía para garantizar la existencia de Dios. "Querer creer crea la fe -viene a decir Unamuno-. La fe no es creer lo que no vimos, sino crear lo que no vemos". "Al ir hundiéndome -escribe literalmente- en el escepticismo racional, de una parte, y en la desesperación sentimental, de otra, se me encendió el hambre de Dios, y el ahogo de espíritu me hizo sentir, con su falta, su realidad"¹⁰. "Crear en Dios es anhelar que le haya y es, además, conducirse como si le hubiera; es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción. De este anhelo o hambre de divinidad surge la esperanza; de ésta la fe, y de la fe y la esperanza, la caridad; de ese anhelo arrancan los sentimientos de belleza, de finalidad, de bondad"¹¹. "Crear en Dios es, en primera instancia (...), querer que haya Dios, no poder vivir sin El"¹². Naturalmente, el entendimiento reprocha a esta voluntad afirmativa que su entusiasmo es iluso, porque le faltan razones para confiar de ese modo en

jos: *Estética de la creatividad* (Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona 21987); *Cómo formarse en ética a través de la literatura* (Rialp, Madrid 31997); *Literatura y formación humana* (San Pablo, Madrid 31997).

¹⁰ *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa Calpe, Madrid 71996 p. 191.

¹¹ *Obras Completas de Unamuno VII*, Escelicer, Madrid 1966, p. 219.

¹² *O. cit.*, p. 209.

su potencia creadora de un Ser Supremo que la desborda infinitivamente y se evade al conocimiento humano. Pero la voluntad le insta al entendimiento a que guarde silencio si no puede demostrar la existencia de Dios y le deje a ella satisfacer con sus propios recursos la necesidad vital de que Dios exista. He aquí la lucha insalvable - la "agonía"- entre las dos potencias hegemónicas del ser humano.

En la conmoción espiritual que experimentó hacia 1897 y que reflejó en las páginas de su *Diario Intimo*¹³, Unamuno intuyó que su idea de fe debía ser ampliada y enriquecida mediante su vinculación con el amor, el compromiso personal, la generosidad, la sencillez de espíritu. En la línea de San Agustín, Pascal, Kierkegaard y Dostoievski, escribe: "Dedicaos a una vida virtuosa; a hacer obras de verdadera caridad, a ser buenos, realmente buenos; a ser buenos, y no meramente a hacer el bien; dedicaos a acallar vuestras pasiones (...); dedicaos a la virtud o pensad que habéis de dedicaros, y decidme con la mano en el corazón, ¿no creéis que acabaríais creyendo?"¹⁴. La bondad es criterio de verdad porque es fundadora de campos de juego y de iluminación. La luz -no lo olvidemos- brota en el encuentro, y éste depende de la actitud de apertura generosa¹⁵. "Condúctese como si creyeras y acabarás creyendo"¹⁶.

Unamuno, en el *Diario íntimo*, confiesa reiteradamente su convicción de que la adhesión a Dios en fe sólo es posible merced a la energía que produce el encuentro del hombre con el Dios que lo apela. Esta apelación es un don, una gracia. Al sentirse *apelado*, el hombre adquiere fuerza para *responder creadoramente* y fundar -en vinculación al que lo llama- un campo de juego, un encuentro personal. Salir al encuentro al Dios que nos llama es *querer creer*, hallarse en camino hacia la luz de la fe. "Es ya gracia el deseo de creer, que nos hace merecer la gracia de orar y con la oración logramos la gracia de creer"¹⁷.

Bellamente piensa Unamuno que el alma -entendida aquí como la vertiente racionalmente lúcida del ser humano- duerme a veces, y es despertada por el corazón -la capacidad creadora de ámbitos de convivencia y entrega-.¹⁸ Confiesa que el bien que ha hecho le ha concedido la gracia de despertar a una vida distinta, pero debe deponer el orgullo de creerse autosuficiente y abrirse al encuentro religioso y conferir, así, pleno sentido a "las obras buenas realizadas cuando sólo actuaba en un plano moral"¹⁹. La ex-

¹³ Este Diario (Alianza Editorial, Madrid 1970) fué escrito por Unamuno sin intención de publicarlo. Permaneció inédito hasta que A. Zubizarreta encontró el manuscrito casualmente en la biblioteca particular de Unamuno.

¹⁴ *Diario íntimo*, p. 130.

¹⁵ Sobre la relación de *luz y encuentro* -tema crucial de la Hermenéutica- pueden verse diversas precisiones en mis obras *Estética de la creatividad*; *Cinco grandes tareas de la filosofía actual* (Gredos, Madrid 1977); *El arte de...* (PPC, Madrid 1993)

¹⁶ *O. cit.*, p. 134.

¹⁷ *O. cit.*, p. 128.

¹⁸ *O. cit.*, p. 152.

¹⁹ *O. cit.*, págs. 152-153.

perencia de amor y unidad, que es fundadora de ámbitos de encuentro -en los que se alumbra el sentido de la vida- se halla en la base de la auténtica vida de fe²⁰.

Esta fe y aquella experiencia serán las que posibiliten la “nueva mirada” de Angela, la relatora de *San Manuel Bueno, mártir*, que sabe ver al trasluz, de modo muy positivo, la vida espiritual de su hermano Lázaro y del párroco don Manuel. Este no vive sino para cuidar de sus feligreses, sobre todo los más necesitados. Es ejemplo de vida entregada a la creación de unidad sin más interés que hacer felices a las gentes. Él piensa que no cree en la vida perdurable, pero vive como si creyera plenamente en el Evangelio. De hecho consagra su existencia a instaurar una comunidad de fe y mantenerla firmemente unida.

III. Interpretación de los pasajes más enigmáticos

Lo antedicho nos facilita las claves hermenéuticas para interpretar esta obra de modo *coherente* y *fecundo*, que son las características de un método de análisis válido. Probemos la eficacia del método seguido dando razón de los pasajes más espinosos, por enigmáticos, de la obra:

1. *La inserción del paisaje en la descripción*. De modo excepcional, introduce Unamuno descripciones paisajísticas en la trama de la novela. Lo hace sin duda para subrayar la unidad del pueblo entre sí y con el entorno. Hasta tal punto es capaz el párroco de crear unidad en el pueblo que Angela describe su figura con elementos del paisaje: “Era alto, delgado, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta, y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago”²¹.

2. *El clima evangélico de la obra*. Los elementos del paisaje - el lago y la montaña-, los nombres de los protagonistas (Manuel, Angela, Lázaro...) y ciertas frases típicas (“Dé Vd., señor juez, al César lo que es del César...”, “En tus manos encomiendo mi espíritu”...) crean un clima que recuerda en todo momento la vida de Jesús. Se indica, con ello, que se trata en la obra de un *acontecimiento de salvación o liberación*: la realización concreta de una vida de fe auténtica, y la consiguiente *liberación* de una idea de fe empobrecida, que no conduce sino a la angustia espiritual.

3. *La inmersión de don Manuel, el párroco, en la vida espiritual de la comunidad de fe que es su parroquia*. Cuando el pueblo, como una sola alma, proclama en la iglesia el Credo, al llegar al versículo “Creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable” “la voz de don Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo todo y era que él se callaba”²². No era éste un *silencio de mudez*, sino un *campo de resonancia* de la palabra elo-

²⁰ Sobre la actitud religiosa de Unamuno puede verse una amplia exposición en mi obra *Cuatro filósofos en busca de Dios*, Rialp, Madrid 21990, págs.53-117.

²¹ Cf. *San Manuel Bueno, mártir*, Alianza Editorial, Madrid 1966, p. 8.

²² O. cit., p. 18.

cuenta que pronunciaba la comunidad de fe en la que el párroco se hallaba vitalmente inserto, como en un campo de juego espiritual, que es un campo de adhesión personal y alumbramiento de sentido. Al observar este tipo de participación espiritual del párroco, Angela -siempre “portadora de una buena nueva”, como indica su mismo nombre- “oía las campanas de la villa sumergida (...) en el lecho del lago, (...) el lago espiritual de nuestro pueblo; oía la voz de nuestros muertos que en nosotros resucitaban en la comunión de los santos”²³.

4. *La muerte de Blasillo el Bobo simultánea a la de don Manuel*. Blasillo repite mecánicamente por el pueblo una frase pronunciada en la iglesia por el párroco con especial énfasis: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?”. Al oírlo, los feligreses sintieron una extraña congoja. Cuando don Manuel está a punto de morir, Blasillo lo toma de la mano, se duerme durante los rezos y muere al mismo tiempo que don Manuel. ¿Qué representa la figura de este joven disminuido psíquico? No es un personaje independiente, sino la expresión de cómo se ve a sí mismo el párroco: una persona que no vive en un nivel normal, el que le corresponde, sino que repite maquinalmente, sin verdadero talante creativo, lo aprendido en el seminario, y ni siquiera en la hora definitiva de la muerte vive con energía vigilante los rezos. Naturalmente, Blasillo desaparece al mismo tiempo que don Manuel. Esta figura dolorida de Blasillo contrasta con la figura gloriosa de don Manuel, tal como es visto y valorado por sus fieles.

5. *Don Manuel, el párroco, pide la absolución a Angela, la feligresa*. Después de darle la absolución a Angela, Don Manuel le pide a ella que le absuelva a él. En sentido riguroso, esta petición no tiene el menor sentido. Ha de ser entendida como el ruego de que Angela, la portavoz de la comunidad de fe que es la parroquia, le acoja en este campo de encuentro y de iluminación. Eso explica que Angela, persona juiciosa, se haya sentido “como penetrada de un extraño sacerdocio” y haya notado que se le estremeaban “sus entrañas *maternales*”. Unamuno valoró siempre muy alto la maternidad, como actitud de acogimiento, de encuentro y donación. “A las mujeres se debe acaso la conservación de la fe, ellas mantienen con su silencio la tradición de la piedad”²⁴.

6. *La comunión de Lázaro, el descreído*. De una manera teórica, meramente intelectual, Lázaro se siente alejado de la fe, y adopta una actitud beligerante contra la Iglesia. Pero se ve atraído por la unidad que Don Manuel ha sabido fundar entre las gentes del pueblo, y entre ellas y el lago, las montañas, la villa de los antepasados sumergida en las aguas...Un día quiere compartir el pan de la amistad con sus paisanos y decide realizar el gesto litúrgico de la comunión. Angela destaca el clima de emoción que se creó en la ceremonia: “Y llegó el día de la comunión, ante el pueblo todo, con el

²³ *Ibid.*

²⁴ *O. cit.*, p. 52.

²⁵ *O. cit.*, p. 44.

pueblo todo. Cuando llegó la vez a mi hermano, pude ver que don Manuel, tan blanco como la nieve de enero en la montaña, y temblando como tiembla el lago cuando le hostiga el cierzo, se le acercó con la sagrada forma en la mano, y de tal modo le temblaba ésta al arrimarla a la boca de Lázaro que se le cayó la forma al tiempo que le daba un vahído. Y fué mi hermano mismo quien recogió la hostia y se la llevó a la boca. Y el pueblo, al ver llorar a don Manuel, lloró, diciéndose: ¡Cómo le quiere! Y entonces, pues era la madrugada, cantó un gallo”²⁵.

En este denso párrafo se aúnan muy diversos elementos: la emoción de dos hombres que creen no creer al verse en medio de un pueblo apiñado que los acoge con el calor de su fe recia; el llanto de don Manuel ante la falta de fe -la muerte espiritual- de su amigo Lázaro; el sobrecogimiento ante el posible sentido de traición que podría implicar el gesto de comulgar sin sentirse unido en la fe; el desconcierto y vacilación del párroco al llegar el momento de hacer partícipe a Lázaro de la eucaristía; la decisión de Lázaro de entrar a todo trance en el juego de la creación de unidad con el pueblo todo y “resucitar”, así, a una vida auténtica. Como un segundo Pedro que se transforma al oír cantar el gallo, Lázaro se convierte en el brazo derecho de don Manuel, el continuador de su obra y heredero de su espíritu. De la posición prepotente y absentista del principio, ha pasado a una actitud comprometida de entrega, creadora de una forma eminente de unidad. Atenazado como don Manuel por el “tedio de vivir” - la conciencia de sinsentido que se tiene cuando se ve uno abocado a la nada-, Lázaro no busca la solución en la unidad fusional con la naturaleza -fácilmente instaurable a través del suicidio en el lago-, sino en la unidad de integración con el pueblo.

7. *Don Manuel y Lázaro murieron creyendo no creer, pero creían*. Angela, la portadora de la “buena nueva”, nos revela al fin de la novela su profunda convicción de que don Manuel y Lázaro “se murieron creyendo no creer lo que más nos interesa, pero, sin creer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada”²⁶. Ella descubrió, junto a don Manuel, que el amor es un “misterio augusto” y “la existencia del amor es lo que prueba la existencia de Dios Padre”²⁷. Unamuno subraya en su *Diario íntimo* que siempre le llamó la atención el hecho de que los discípulos de Emaús sólo hayan reconocido a Jesús al partir el pan para compartirlo amistosamente²⁸. Este gesto simbólico implica la fundación de un modo relevante de unidad, la instauración de un campo de juego en el que brota luz y se alumbraba el sentido profundo de quienes se encuentran. En este sentido afirma Saint Exupéry que “sólo se comprende bien con el corazón”, pues “lo esencial es invisible a los ojos”²⁹. Para conocer los seres más valiosos -personas, comu-

²⁶ *O. cit.*, p. 76.

²⁷ *O. cit.*, p. 55.

²⁸ *O. cit.*, p. 57.

²⁹ *Le petit prince*, Harbrace Paperbound Library, Nueva York 1943, p. 87; *El principito*, Alianza Editorial, Madrid 21972, p. 86.

nidades, obras culturales, valores...- hay que comenzar por amarlos, aceptarlos en su condición relevante y cumplir las exigencias que ésta plantea. Tal cumplimiento es condición indispensable para hacer juego e instaurar un campo de interacción existencial en el cual la escisión entre dentro y fuera, interior y exterior, lo mío y lo tuyo, el yo y el otro quedan superadas, si bien no anuladas.

Esta “doctrina amorosa” del conocimiento fué durante años frenada en Unamuno por la tendencia a considerarlo todo como mero “espectáculo”, simple materia para tejer tramas de pensamientos y elaborar obras literarias³⁰. Pero la gran luz recibida en 1897 le hizo ver que el conocimiento de lo valioso exige compromiso personal por parte del sujeto cognoscente. “Si se observa fe en los buenos no es que sean buenos porque creen, sino que creen porque son buenos”³¹. “ Si os entregaseis al ideal de perfección cristiana ¿no terminaríais por confesar la fe cristiana? ¿No brotaría de la caridad la fe?”³². Tener caridad, ser bueno significa en Unamuno vivir en auténtica unidad. “Comunidad de bienes con un corazón y un alma, he aquí el ideal. Buscar la comunidad sin la unidad de espíritu es buscar disensión y muerte”³³. Y, como la unidad no es posible sin una actitud de sencillez y humildad, Unamuno se lamentó vivamente en su *Diario íntimo* de no tener la humildad suficiente para adherirse a la Iglesia, con todo cuanto implica, porque esa laguna le impedía tener fe verdadera y plena. “Estoy pensando de continuo en la humildad y resisto humillarme a otro hombre y rehuyo todo intermediario”. Pero Cristo se nos da en buena medida a través de las mediaciones humanas. “Muchos creen en el Cristo ideal, el que flota en cierta vaguedad mística, el que se forjan en las regiones del pensamiento puro, pero no en el Cristo humano que se nos presenta en su Iglesia, revestido de todo lo humano del ritual, de la liturgia, del sacerdocio”³⁴.

Este perfeccionamiento del concepto de fe clarifica la confesión de Angela al final de la obra. “...Creía y creo que Dios Nuestro Señor, por no sé qué sagrados y no escudriñados designios, les hizo creerse incrédulos. Y que acaso en el acabamiento de su tránsito se les cayó la venda”³⁵. Al indicarnos que don Manuel y Lázaro muriendo en la convicción de que no creían pero creían, el verbo *creer* significa algo distinto en ambos casos. En el primero, se refiere a la idea de fe -como acceso puramente intelectual a Dios- que había profesado Unamuno a lo largo de su vida y había expresado en diversas obras destinadas al público. En el segundo, alude a la concepción de la fe -como *adhesión personal a Dios*- que intuye en el *Diario íntimo*. Aunque alguien piense que no cree porque su formación intelectual le impide constatar la existencia de Dios, en realidad vive una vida de fe si

³⁰ *Diario íntimo*, p. 154.

³¹ *O. cit.*, p. 132.

³² *O. cit.*, p. 131.

³³ *O. cit.*, p. 135.

³⁴ *O. cit.*, p. 138.

³⁵ *San Manuel Bueno, mártir*, p. 77.

participa activamente en una comunidad creyente. En esta línea escribe Angela: "Después, al llegar a conocer el secreto de nuestro santo, he comprendido que era como si una caravana en marcha por el desierto, desfallecido el caudillo al acercarse al término de su carrera, le tomaran en hombros los suyos para meter su cuerpo sin vida en la tierra de promisión"³⁶. Esta bella imagen la había anticipado Unamuno en un artículo de 1908 -"El guía que perdió el camino"-, que prelude el tema profundo de *San Manuel Bueno, mártir*: "Si el guía de una caravana ha perdido el camino y sabe que, al saberlo, se dejarán morir los caminantes ¿le es lícito declararlo? ¿No debe, más bien, seguir adelante, puesto que todo sendero lleva a alguna parte?"

IV. La clave hermenéutica de la obra

Esta interpretación nos permite comprender lúcidamente el sentido profundo de cada uno de los personajes de la obra.

Don Manuel, descrito en la obra por Angela, la fiel feligresa, encarna la figura del párroco tal como es visto por su pueblo: un hombre brillante, bueno, sacrificado, creador de unidad. En la figura radiante de don Manuel veía Unamuno la faz positiva que presentaba él mismo a quienes lo consideraban como un hombre profundamente religioso, que sacudía las conciencias amodorradas de muchos de sus compatriotas.

Blasillo el Bobo nos transmite la imagen que don Manuel tenía de sí mismo: un pobre subnormal que repite mecánicamente las doctrinas recibidas sin asumirlas de forma creativa. Representa, asimismo, la conciencia que tenía Unamuno -a juzgar por la acerva autocrítica realizada en el *Diario íntimo*- de que su vida religiosa era inauténtica, no alcanzaba el nivel mínimo de relación con Dios.

El *payaso*, tal como lo ve don Manuel, refleja el sentido positivo que tiene la vida de éste, aunque el hecho de proseguir su labor pastoral sin tener fe pueda aparecer a una mirada superficial como una *farsa* o *payasada*, en sentido peyorativo.

Lázaro representa a las personas que, deslumbradas por una idea "ilustrada" del progreso humano, se encuecen para la vida de fe y atacan a la Iglesia por considerarla representante de actitudes reaccionarias y obscurantistas, pero acaban prendados de su capacidad creadora de formas intensas de entrega y unidad.

Angela es la portadora de la gozosa noticia de que es posible superar el "agonismo" -el enfrentamiento de la vida intelectual con la vida volitiva y sentimental a propósito de la existencia de Dios- mediante la integración de la inteligencia y la decisión lúcida y libre de crear formas eminentes de encuentro personal. Encarna, por tanto, al Unamuno intuitivo y sincero que,

³⁶ O. cit., p. 18.

en las notas del *Diario íntimo*, considera la fe religiosa como una forma de adhesión personal en la que se conjugan y potencian mutuamente la inteligencia, la voluntad, el sentimiento, la capacidad creativa...

El carácter dulce del estilo que presenta *San Manuel Bueno, mártir* -en contraposición a la aspereza de otros escritos unamunianos- expresa claramente la condición esperanzada de la obra, que intenta superar el drama de la duda religiosa mediante la voluntad incondicional de hacer el bien, creando los modos más relevantes de unidad con los seres del entorno. "El (don Manuel) me enseñó a vivir -confiesa Angela-, él nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida, a sumergirnos en el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea, a perdernos en ellas para quedar en ellas. El me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo de mi aldea (...). No vivía yo ya en mí, sino que vivía en mi pueblo y mi pueblo vivía en mí"³⁷.

De lo antedicho se desprende que tiene razón el prof. Cerezo cuando afirma que "la versión de Angela (de que don Manuel murió creyendo no creer pero en verdad creía) la confirma en el epílogo el propio Unamuno, proporcionando las claves hermenéuticas de su relato". "Al margen, pues, de lo que el cura creyera de sí, está su obra"³⁸. Pero justamente su obra y el relato que la expone reflejan una actitud no "nadista" ni "trágica" sino *dramática y esperanzada* al mismo tiempo. Expresa "lo más íntimo y dolorido de su alma"³⁹, pero se trata del dolor sereno de quien se ve enfermo pero acaba de descubrir un remedio eficaz para su mal.

Este descubrimiento lo reveló Unamuno en el *Diario íntimo*. Por eso la "clave hermenéutica" de *San Manuel bueno, mártir* no se halla sólo en esta obra, sino en los hallazgos metodológicos que relucen, como fogonazos, en las notas espontáneas de dicho diario. Toda obra debe ser interpretada desde ella misma, ciertamente. Pero tal interpretación implica rehacer sus experiencias básicas, y estas experiencias las encontramos expuestas *in nuce* en el *Diario íntimo*. "La existencia del amor es lo que prueba la existencia del Dios padre. ¡El amor!, no un lazo interesado ni fundado en provecho, sino el amor, el puro deleite de sentirse juntos, de sentirnos hermanos, de sentirnos unos a otros"⁴⁰.

Febrero 1998

³⁷ O. cit., p. 76.

³⁸ *Las máscaras de lo trágico*, págs. 731, 733. El paréntesis es mío.

³⁹ Cf. *Epistolario inédito II*, Espasa Calpe, Madrid 1991, p. 317.

⁴⁰ *Diario íntimo*, p. 55. Un análisis más amplio de *San Manuel Bueno, mártir* se halla en mi obra *Literatura y formación humana*, San Pablo, Madrid 1997, págs. 79-119.